

JUSSI ADLER-OLSEN

Los chicos que cayeron en la trampa

Traducción:

NICOLÁS DE MIGUEL



MAEVA

Prólogo

Por encima de las copas de los árboles resonó otro disparo más.

Los gritos de los ojeadores se oían cada vez con mayor claridad. Su propio pulso le oprimía los tímpanos, al tiempo que el aire húmedo le entraba en los pulmones con tal violencia e intensidad que llegaba a hacerle daño.

Corre, corre, sin caerte. Si me caigo no volveré a levantarme. Joder, ¿por qué no consigo soltarme las manos? Ah, corre, corre... chist. Que no me oigan. ¿Me habrán oído? ¿Habrá llegado el momento? ¿De verdad que voy a acabar así mis días?

Las ramas le azotaban el rostro y trazaban en él líneas de sangre, una sangre entremezclada con sudor.

Los gritos ya se oían por todas partes. Entonces le invadió un terror mortal.

Sonaron varios disparos más. El silbido de los proyectiles al hendir aquel aire cortante le pasó tan cerca que el sudor no tardó en formar una película por debajo de su ropa.

Un minuto o dos y los tendría allí mismo. ¿Por qué no le obedecían las manos? ¿Cómo podía ser tan fuerte la cinta que se las sujetaba a la espalda?

Los pájaros, asustados, alzaron el vuelo por encima de las copas de los árboles con un aleteo. Por detrás del tupido muro de abetos la danza de sombras se hizo más evidente. Debían de encontrarse a unos cien metros. Todo se tornó más claro. Las voces. La sed de sangre de los cazadores.

¿Cómo pensarían hacerlo? ¿Un disparo, una flecha solitaria y se acabó? ¿Eso era todo?

No, claro. ¿Por qué conformarse con tan poca cosa? No eran tan clementes esos cabrones, no. Llevaban sus rifles, sus cuchillos enlodados y ya habían comprobado la eficacia de sus ballestas.

¿Dónde esconderme? ¿Habrá algún sitio? ¿Podré volver? ¿Podré?

Su mirada recorrió el suelo del bosque, aunque la cinta que le cubría los ojos casi por completo dificultaba la tarea, y sus piernas continuaron corriendo a trompicones.

Ahora me toca sentir en carne propia lo que es estar a su merced. No harán excepciones conmigo, así es como satisfacen sus instintos. Es la única posibilidad.

El corazón le latía con tal fuerza que llegaba a hacerle daño.

1

Para ella, aventurarse a bajar por Strøget era casi como andar por el filo de un cuchillo. Con el rostro semioculto tras un pañuelo de un color verde oscuro, pasaba frente a los escaparates iluminados de la calle peatonal sin dejar de analizarla con la mirada alerta ni un segundo. Se trataba de reconocer a la gente y de que no la reconocieran a ella, de poder vivir en paz con sus demonios; el resto corría de cuenta de todos esos que pasaban con tanta prisa, de los hijos de perra que querían hacerle daño y de los que se apartaban a su paso con la mirada vacía.

Kimie levantó la vista hacia las farolas que dejaban caer su gélida luz sobre Vesterbrogade. Dilató las aletas de la nariz. Las noches no tardarían en refrescar, había que ir preparándose para la hibernación.

Estaba en medio de un grupito de visitantes del Tívoli semicongelados en el paso de peatones de la estación central cuando reparó en una mujer con un abrigo de *tweed* que aguardaba a su lado. Unos ojos entornados la inspeccionaron, la nariz se arrugó un poco y la mujer se apartó ligeramente. Apenas unos centímetros, pero más que suficiente.

Bueno, Kimie, una señal de advertencia parpadeó en su cabeza al tiempo que la furia se apoderaba de ella.

Su mirada recorrió el cuerpo de la desconocida hasta llegar a la altura de las pantorrillas. Un leve brillo en las

medias, los tobillos prolongados por unos zapatos de tacon. Kimmie sintió que los labios se le crispaban en una sonrisa traicionera. Podía partirlle los tacones de una buena patada y tirarla al suelo. Así descubriría que en una acera mojada se manchan hasta los trajes de Christian Lacroix. Así aprendería a ocuparse de sus propios asuntos.

La miró a la cara. La raya bien delineada, la nariz empolvada, los rizos muy bien recortados. La mirada dura y fría. Sí, conocía a las de su clase mejor que la mayoría de los mortales. Ella misma había pertenecido a ese mundo, al pijeño arrogante, tan vacío por dentro que retumbaba. Así eran las que entonces llamaba sus amigas. Así era su madrastra.

Las detestaba.

Bueno, haz algo, susurraron las voces de su cabeza. No lo consientas. Demuéstrale quién eres. ¡Vamos!

Kimmie observó a unos críos de piel oscura que había al otro lado de la calle. De no haber sido por sus ojos erráticos, habría empujado a aquella mujer al paso del 47. Ya lo estaba viendo: la enorme mancha de sangre que el autobús dejaría tras de sí; la oleada de conmoción que el cuerpo aplastado de aquella arrogante propagaría entre la multitud; la deliciosa sensación de justicia que le proporcionaría.

Pero no la empujó. Siempre había un ojo alerta entre la muchedumbre y, además, eso que llevaba dentro la refrenaba. El terrible eco de unos días lejanos, muy lejanos.

Se llevó la manga al rostro y aspiró con fuerza. La mujer que había a su lado no se había equivocado, apestaba.

Cuando el semáforo cambió a verde, echó a andar por el paso de cebra con la maleta a rastras traqueteando sobre sus ruedas torcidas. Sería su último viaje, ya era hora de jubilar aquel trasto.

Había llegado el momento de cambiarlo.

En mitad del vestíbulo de la estación, delante de la tienda 24-horas, había un letrero con las primeras páginas de los periódicos del día, un auténtico fastidio para quienes iban con prisa y para los ciegos. Ya había visto los titulares varias veces de camino hacia allí; daban asco.

—Cabrón —murmuró al pasar junto a los carteles con la vista al frente.

A pesar de todo, no pudo evitar volverse y entrever el rostro que aparecía entre los titulares del *B. T.*

La sola visión de aquel hombre la hizo echarse a temblar.

El pie de foto decía: «Ditlev Pram posee clínicas privadas en Polonia por valor de 12.000 millones». Escupió en el suelo y se detuvo un instante a esperar a que la reacción de su cuerpo se suavizara. Odiaba a Ditlev Pram; a él, a Torsten y a Ulrik. Pero un día sabrían lo que era bueno. Algún día acabarían con ellos. Seguro.

Sus carcajadas despertaron la sonrisa de un viandante, otro cándido imbécil que creía saber qué pasaba por la mente de los demás.

De pronto se detuvo.

Tine la Rata estaba un poco más adelante, en su sitio habitual, incapaz de mantener la vertical y cabeceando ligeramente, con las manos sucias, los párpados pesados y el brazo extendido con la descerebrada esperanza de que alguien en medio de aquel hervidero le diera una moneda. Solo una drogadicta podía mantener esa postura hora tras hora. Pobre infeliz.

Kimmie se escabulló por detrás de ella y se dirigió hacia las escaleras que conducían a la salida de Reventlows-gade, pero Tine la vio.

—¡Eh! Joder. Hola, Kimmie —oyó que decía una voz a su espalda; pero no se volvió.

Tine la Rata no era buena compañía en los espacios abiertos, el cerebro solo le llegaba a funcionar pasablemente cuando estaban en su banco de la calle.

Pero era la única persona que Kimmie soportaba.

El viento barría las calles con un soplando inexplicablemente frío y todos se apresuraban a regresar a sus casas; por eso, junto a las escaleras de la estación que desembocaban frente a Istedgade, cinco Mercedes negros aguardaban en la parada de taxis con el motor encendido. Pensó que así quedaría alguno cuando lo necesitara. Eso era todo cuanto quería saber.

Arrastró la maleta hasta la tienda tailandesa que había en el sótano del otro lado de la calle y la colocó junto al escaparate. Solo una vez le habían birlado una maleta después de dejarla ahí, algo que con toda seguridad no se repetiría con semejante tiempo; hasta los ladrones se quedaban bajo techo. Además, le traía sin cuidado, no contenía nada de valor.

Tras poco más de diez tristes minutos en la plazoleta de la estación, el pez picó. De un taxi bajó una mujer espectacular con un abrigo de visón, una maleta con sólidas ruedas de goma y un cuerpo ágil que no debía de pasar de una 38. Antaño a Kimmie solo le interesaban las de la talla 40, pero ya había llovido mucho y vivir en la calle no engordaba, precisamente.

Mientras la recién llegada trataba de orientarse junto a uno de los expendedores automáticos del vestíbulo, le robó la maleta. Después salió por la puerta de atrás con toda la calma del mundo y llegó a la parada de taxis de Rewntlowsgade en un abrir y cerrar de ojos.

Nada como tener práctica.

Una vez allí, cargó el botín en el maletero del primer coche y le pidió al taxista que la llevara a dar una vuelta por ahí.

Sacó un buen puñado de billetes de cien coronas del bolsillo del abrigo.

—Te daré un par de estos de propina si haces lo que te digo —añadió, haciendo caso omiso de su mirada suspicaz así como del temblor que le sacudía las aletas de la nariz.

Al cabo de más o menos una hora regresaría a recoger la maleta vieja vestida con ropa nueva y con el olor de una desconocida impregnado en el cuerpo.

Para entonces las narices del taxista temblarían de un modo muy, pero que muy distinto.

2

Ditlev Pram era un hombre atractivo y lo sabía. Cuando volaba en *business* siempre había un amplio surtido de féminas que no protestaban si les hablaba de su Lamborghini y de lo rápido que lo conducía hasta su humilde morada de Rungsted.

En esta ocasión, el objeto de sus deseos era una mujer con una melena de suaves cabellos y unas gafas de montura negra y poderosa que la hacían parecer inaccesible. Le excitaba.

La había abordado sin éxito, le había ofrecido *The Economist* con una central nuclear a contraluz en la portada sin obtener otra cosa que un gesto de rechazo con la mano y había hecho que le sirvieran una copa que ella no se bebió. Para cuando el vuelo de Stettin aterrizó en el aeropuerto de Kastrup a la hora prevista, había desperdiciado noventa preciosos minutos.

Ese era el tipo de cosas que lo volvían agresivo.

Echó a andar por los pasillos acristalados de la terminal 3 y, al llegar a la banda transportadora, divisó a su víctima. Era un hombre con dificultades para caminar que se dirigía hacia la cinta mecánica.

Ditlev apretó el paso y lo alcanzó en el preciso instante en que el desconocido ponía un pie en la banda. Lo veía como si ya hubiese sucedido: una zancadilla disimulada y aquel saco de huesos se estrellaría contra la pared de plexiglás; su rostro resbalaría por ella con las gafas

retorcidas mientras el viejo intentaba frenéticamente ponerse en pie.

Estaba deseando hacer realidad sus fantasías, así era él. Eso era lo que habían mamado él y el resto de la banda. No era nada especialmente meritorio ni tampoco algo de lo que avergonzarse. Si se decidiera a hacerlo, en cierta forma la culpa sería de esa guarra. Podía haberlo acompañado a casa y no habrían tardado ni una hora en estar metidos en la cama.

Ella lo había querido.

Nada más dejar atrás la antigua posada en el retrovisor y antes de que el mar volviese a aparecer y lo cegara, sonó su móvil.

—¿Sí? —contestó mirando la pantalla.

Era Ulrik.

—Alguien que conozco la vio hace unos días —dijo—. En el paso de cebra de Bernstorffsgade, frente a la estación.

Ditlev apagó el mp3.

—Bien. ¿Cuándo exactamente?

—El lunes. El 10 de septiembre. Hacia las nueve de la noche.

—¿Y qué has hecho al respecto?

—Fui a dar una vuelta por allí con Torsten, pero no la encontramos.

—¿Con Torsten?

—Sí. Ya lo conoces, no me ayudó gran cosa.

—¿Quién se está ocupando del tema?

—Aalbæk.

—Vale. ¿Qué aspecto tenía?

—Me dijeron que iba muy bien vestida y que está más delgada. Pero apestaba.

—¿Qué?

—Sí, a sudor y a meados.

Eso era lo malo de Kimmie. No solo era capaz de desaparecer del mapa durante meses, incluso años; también resultaba imposible identificarla. Invisible y de pronto inquietantemente visible. Ella era lo más peligroso, lo único que podía suponer una auténtica amenaza para ellos.

—Esta vez tenemos que atraparla, Ulrik. ¿Estamos?

—¿Para qué coño crees que te he llamado?

3

Solo una vez llegó al sótano de la Jefatura de Policía, a las puertas de las oficinas a oscuras del Departamento Q, Carl Mørck comprendió que el verano y las vacaciones habían terminado definitivamente. Encendió la luz y, al recorrer con la mirada su escritorio, atestado de montones caóticos de abultados expedientes, sintió la imperiosa necesidad de cerrar de un portazo y salir pitando. No le fue de gran ayuda que Assad hubiera colocado allí en medio un manojo de gladiolos que podría haber bloqueado por sí solo una calle grandecita.

—¡Bienvenido, boss! —lo saludó una voz a su espalda.

Se volvió y miró directamente a los esquivos y lustrosos ojos marrones de Assad. Sus ralos cabellos oscuros despuntaban, disparados, en todas direcciones. Totalmente a punto para otro asalto en el *ring*.

—¡Huy! —exclamó al reparar en la opaca mirada de su jefe—. Nadie diría que acabas de venir de las vacaciones, Carl.

El subcomisario hizo un gesto contrariado.

—¿Ah, no?

En la segunda planta volvían a estar de traslado, otra vez la reforma policial de los cojones. Dentro de poco necesitaría un GPS para localizar el despacho del jefe de Homicidios. Solo había estado fuera tres semanas peladas

y ya había por lo menos cinco caras nuevas que lo miraban como si fuese un selenita.

¿Y ellos quiénes coño eran?

—Tengo que darte una buena noticia, Carl —le anunció Marcus Jacobsen, el jefe del Departamento de Homicidios, mientras él paseaba su mirada errática por las paredes del nuevo despacho de su superior, unas superficies de color verde claro a medio camino entre un quirófano y la sala de gestión de crisis de un *thriller* de Len Deighton. Cadáveres de ojos lívidos le lanzaban sus miradas extraviadas desde todos los rincones. Mapas, diagramas y parrillas de personal en un abigarrado desorden. Todo de una efectividad de lo más deprimente.

—Una buena noticia, dices; eso suena fatal —replicó, dejándose caer a plomo en la silla que había frente a su jefe.

—En fin, vas a tener visita de Noruega.

El subcomisario lo observó con los párpados caídos.

—Por lo que sé, se trata de una delegación de cinco miembros de las altas esferas de la policía de Oslo que vienen a ver el Departamento Q. El viernes a las diez de la mañana, ¿te acordarás?

Marcus, sonriente, le hizo un guiño.

—Me encargaron que te dijera que están deseando venir. Pues el deseo no era mutuo, joder.

—Aprovechando la ocasión te he conseguido refuerzos para tu equipo. Se llama Rose.

Llegados a ese punto, Carl se incorporó un poco en la silla.

Después permaneció un buen rato ante la puerta del despacho de su jefe intentando volver a bajar las cejas. Decían que las desgracias nunca vienen solas y vaya si tenían

razón, joder. Cinco minutos en la oficina y ya lo habían colocado como educador de apoyo de una aspirante a secretaria, por no mencionar que también iba a tener que capitanear un *tour* a ninguna parte con una panda de macacos de los fiordos. Aunque esa segunda parte había caído en el más feliz de los olvidos.

—¿Dónde está la nueva que me van a mandar? —le preguntó a la señora Sørensen a través del mostrador de secretaria.

Aquel fanteche no se dignó siquiera levantar la vista del teclado.

El subcomisario dio un golpecito en el mostrador. Como si fuera a servir de algo.

De pronto notó un roce en el hombro.

—Aquí lo tienes, Rose, en su insigne persona —dijo una voz por detrás de él—. Permíteme: Carl Mørck.

Al volverse se encontró con dos rostros asombrosamente idénticos y pensó que el inventor del color negro no había vivido en vano. Unos mechones ultracortos de color carbón, los ojos azabache y una ropa oscura y triste. De lo más desagradable.

—Joder, Lis. ¿Qué te ha ocurrido?

La secretaria más eficiente del departamento se pasó la mano por lo que antes eran unos delicados cabellos rubios y lo obsequió con una fulgurante sonrisa.

—Bonito, ¿eh?

Él asintió lentamente.

Observó a la otra mujer, que, encaramada a unos tacones de vértigo, lo observaba con una sonrisita capaz de bajarle los humos al más pintado, y luego volvió a estudiar a Lis. Eran como dos gotas de agua. A saber quién le había contagiado el *look* a quién.

–Bueno, pues aquí tienes a Rose. Lleva un par de semanas con nosotros, llenando la secretaría con sus buenas vibraciones. La confío a tu cuidado. Trátamela bien, Carl.

Carl irrumpió en el despacho de Marcus como un vendaval y con un montón de argumentos preparados, pero al cabo de veinte minutos comprendió que no había nada que hacer. Le concedieron una semana, después tendría que llevarse a la chica al sótano sí o sí. Marcus Jacobsen le informó de que ya habían desalojado y acondicionado el cuartito contiguo a su despacho, donde almacenaban diversos materiales para acordonar. Rose Knudsen era un nuevo miembro del Departamento Q y no había más que hablar.

Fueran cuales fuesen los motivos de su jefe, a Carl no le gustaban.

–Salió de la Academia de Policía con las calificaciones más altas, pero suspendió el examen de conducir, y eso es el fin de cualquiera por mucho talento que tenga. Tal vez fuera un poco sensible para el trabajo de campo, pero como estaba empeñada en entrar en la policía estudió secretariado y ya lleva un año en la comisaría del centro. Ha estado sustituyendo unas semanas a la señora Sørensen, que ya se ha reincorporado –le explicó Marcus Jacobsen dándole la vuelta por enésima vez a una caja con tabaco llena a rebosar.

–¿Y por qué no la mandas de vuelta al centro, si puede saberse?

–¿Que por qué? Un rifirrafe interno, cosas de ellos. Nada que nos incumba.

–De acuerdo.

La palabra rifirrafe sonaba de lo más peligrosa.

—El caso es que ahora tienes secretaria, Carl, y de las buenas.

Eso mismo decía de todo el mundo.

—Pues a mí me ha parecido muy simpaticuísima —intentaba animarlo Assad a la luz de los fluorescentes del Departamento Q.

—Pues que sepas que les ha montado un buen rifirrafe a los del centro, así que tan simpática no será.

—¿Un rifi...? Esa vas a tener que repetírmela, Carl.

—Olvídalo, Assad.

Su ayudante asintió y bebió un sorbo de un brebaje con olor a menta que se había servido en la taza.

—Carl, oye entonces. No he avanzado nada con el caso que me asignaste antes de irte. He mirado aquí y allá y en todos los sitios imposibles, pero con el lío de la mudanza superior todos los expedientes han desaparecido.

El subcomisario levantó la cabeza. ¿Desaparecido? ¡Joder! Aunque... sí, al fin una buena noticia aquel día.

—Sí, totalmente *missing*. Pero cuando andaba rebuscando en los montones y me encontré este, entonces. Está muy interesante.

Assad le tendió una carpeta y aguardó cual estatua de sal con expresión expectante.

—¿Tienes intención de quedarte ahí plantado mientras me lo leo?

—Sí, gracias —contestó su ayudante al tiempo que dejaba la taza sobre la mesa.

Carl se llenó los carrillos de aire y abrió la carpeta re-soplando lentamente.

Era un caso antiguo, muy antiguo. Del verano de 1987, para ser exactos, el año que tomó un tren con un amigo para ir al carnaval de Copenhague, donde le enseñó a bailar la samba una pelirroja que llevaba el ritmo metido en las caderas, una cualidad divina, como se demostró cuando acabaron la noche entre los matojos de los jardines de Rosenborg encima de una manta. Él tenía poco más de veinte años y nunca había sido menos virgen que al regreso de ese viaje.

Buen verano aquel de 1987. El verano que lo trasladaron de Vejle a la comisaría de Antonigade.

Los crímenes debieron de tener lugar entre ocho y diez semanas después del carnaval, por las mismas fechas en que la pelirroja decidía descubrirle los secretos de su cuerpo de samba a otro nativo de Jutlandia; sí, justo al mismo tiempo que él hacía sus primeras rondas nocturnas por las angostas callejuelas de Copenhague. Curioso que no recordara nada de un caso tan particular.

Las víctimas –dos hermanos, una chica y un chico de diecisiete y dieciocho años respectivamente– aparecieron molidas a palos, irreconocibles, en una cabaña que había en los alrededores de un lago, el Dybesø, cerca de Rørvig. Ella había salido muy malparada y, a juzgar por las múltiples lesiones que se había producido al tratar de rechazar los golpes, había sufrido lo indecible.

Se saltó unas cuantas líneas. No había móvil sexual ni se echó nada en falta.

A continuación leyó de nuevo el informe de la autopsia y hojeó los recortes de periódico. Eran pocos, pero con los titulares más grandes que había visto en su vida.

«Asesinados a golpes», decía el *Berlingske Tidende*, que acompañaba el titular con una detallada descripción del hallazgo de los cadáveres nada propia del viejo periódico.

Los dos cuerpos aparecieron en el salón, ella en bikini y su hermano, desnudo y con una botella de coñac a medias en la mano. Lo habían matado de un único golpe en la nuca con un objeto contundente que más adelante resultó ser un martillo de carpintero; lo encontraron en un matorral de brezo entre los lagos de Flyndersø y Dybesø.

El móvil era un misterio, pero las sospechas no tardaron en recaer en un grupo de alumnos de un internado que solían parar por el gigantesco chalé de los padres de uno de ellos, cerca del lago. Habían causado problemas en Den Runde, una sala de conciertos de la zona, en más de una ocasión y varios golfillos del lugar habían acabado maltruchos.

—¿Has llegado ya adonde pone quiénes eran los sospechosos?

Carl lo miró por debajo de las cejas. Assad debería haberse conformado con esa respuesta, pero insistió.

—Sí, claro. El informe también hace entender que sus padres eran unos de esos que ganan mucho dinero. Había muchos en los dorados ochenta esos, o como se llamaran, ¿no?

El subcomisario asintió. Acababa de llegar a esa parte del texto.

Efectivamente. Los padres de todos ellos eran gente conocida entonces, y lo seguían siendo incluso al cabo de tantos años.

Leyó de refilón los nombres de los alumnos del internado un par de veces y le entraron sudores fríos. Si los padres ganaban dinero a espuestas y eran archiconocidos, otro tanto ocurría con muchos de sus hijos ahora. Habían nacido en una cuna de plata y habían saltado al oro. Estaban Ditlev Pram, fundador de toda una serie de exclusivas clínicas privadas, Torsten Florin, diseñador de fama internacional, y el analista de Bolsa Ulrik Dybbøl Jensen,

todos ellos encumbrados al éxito, al igual que el ya fallecido armador Kristian Wolf. Los dos últimos miembros del grupo eran punto y aparte. Kirsten-Marie Lassen también había formado parte de la *jet*, pero ya nadie conocía su paradero, y Bjarne Thøgersen, que había confesado la autoría de los crímenes y cumplía condena por ellos, tenía unos orígenes algo más humildes.

Una vez concluida la lectura, dejó caer el expediente sobre la mesa.

—Lo que no entiendo es cómo ha venido aquí abajo, entonces —dijo Assad. En otro momento habría sonreído, aunque esta vez se abstuvo.

Carl hizo un gesto contrariado.

—Yo tampoco lo entiendo. Ya hay un hombre pagando por ese delito. Confesó, lo condenaron a cadena perpetua, está entre rejas y, por si fuera poco, se entregó él mismo, así que, ¿dónde está la duda? Esto está muerto y enterrado.

Cerró la carpeta.

—Pues sí —coincidió su ayudante mordiéndose el labio—, pero es que se entregó nueve años después del crimen.

—¿Ah, sí? ¿Y qué? El caso es que se entregó. Solo tenía diecinueve años cuando mató a aquellos chicos. Supongo que descubriría que la mala conciencia no remite con el tiempo.

—¿Un remite?

Carl dejó escapar un suspiro.

—Sí, remite. Mengua, disminuye. Los remordimientos no desaparecen con los años, Assad. Al contrario.

El cerebro de Assad estaba en plena ebullición, resultaba evidente.

—La policía de Nykøbing Sjælland llevó el caso colaborando con la de Holbæk, entonces, y también estaba la Brigada Móvil. Lo que no veo es quién nos lo ha hecho llegar hasta nosotros. ¿Lo ves tú?

Mørck estudió la carpeta.

—No, no lo pone por ningún sitio. Qué raro.

Si el expediente no lo enviaban desde ninguno de esos dos distritos, entonces, ¿quién lo había mandado? Además, ¿por qué reabrir un caso que había quedado cerrado con una condena?

—¿Tendrá alguna cosa que ver con esto? —preguntó Assad.

Rebuscó en la carpeta hasta dar con un documento que le entregó a su jefe. *Liquidación anual*, se leía en la cabecera. Estaba a nombre de Bjarne Thøgersen, con domicilio en la prisión estatal de Vridsløselille, en el municipio de Albertslund. El hombre que había asesinado a los dos hermanos.

—¡Mira! —exclamó señalando hacia una cantidad astronómica que figuraba junto a la casilla de venta de acciones—. ¿Qué me dices?

—Te digo que viene de una familia acomodada y ahora tiene tiempo más que de sobra para jugar con su dinero. Y se ve que no se le da nada mal. ¿Adónde quieres ir a parar con todo esto?

—No viene de una familia tan acomodada, para que sepas. Era el único del internado que estaba con beca. Como verás, era bastante distinto del resto del grupo, entonces. Mira.

Continuó rebuscando en la carpeta.

Carl apoyó la cabeza en la palma de la mano.

Eso era lo malo de las vacaciones.

Que se terminaban.